

Poder eclesiástico.

Tunja

Camilo Andrés Ruiz

Floralba Barragán Vizcaya ■

Bogotana, licenciada en Español e Inglés de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. En la actualidad, es profesora del Área de Taller de Lenguaje del Departamento de Humanidades en la Universidad Autónoma de Colombia.

RESEÑA

SARAMAGO, José. **La Caverna**

Traducción de Pilar del Río. México: Alfaguara

Floralba Barragán Vizcaya

SARAMAGO, José. *La Caverna*

Traducción de Pilar del Río. México: Alfaguara; 2000; 454 págs.

Nuevamente, José Saramago confirma con esta novela por qué se hizo merecedor del Premio Nobel de Literatura en 1998, pues nos sigue deleitando no sólo con sus puntos de vista sobre la sociedad actual, sino también con su forma poética, versada y literaria de mantener al lector entusiasmado hasta concluir la última página del libro.

El tema principal de *La Caverna* se centra en la vida de Cipriano Algor, un hombre de 64 años quien siempre ha trabajado como alfarero, pero que ahora la sociedad "moderna" le rechaza sus artículos de barro (platos, tazas, jarras, loza en general) porque son anticuados, rompibles y reemplazables por el plástico. Por esta razón, empieza este campesino a sentirse inútil en un mundo en el que lo que no sirve se sustituye inmediatamente, sin importar si son personas u objetos, pues no se puede perder tiempo ni dinero.

Cipriano es viudo y vive con su hija Martha, joven casada con Marcial Gacho, un muchacho decente, buen esposo, que trabaja como guarda interno en el centro.

Martha y Marcial desean que Algor ...

Martha y Marcial desean que Algor se vaya a vivir con ellos a la ciudad cuando Marcial sea ascendido de su cargo, y aunque el viejo está convencido de no querer cambiar su casita y su alfarería por un pequeño espacio en un conjunto de apartamentos, las circunstancias venideras relatadas a lo largo de la novela lo obligan a aceptar dicha propuesta.

Y es aquí donde encontramos el aspecto álgido que quiere Saramago criticar muy hábilmente en *La Caverna*: por qué la vida afanosa, frívola y artificial de la ciudad le está ganando la batalla a la quietud de la vida tradicional, rústica y hasta pacífica de las áreas aldeanas; por qué al hombre de hoy le interesa más ganar y ganar dinero a costa de unas dizque comodidades, por las cuales se endeuda demasiado o paga su valor tres o más veces del inicial, y olvida su esencia de ser humano, y de compartir más tiempo en familia rodeado de un ambiente natural.

Con respecto a esto último, Saramago nos ilustra con la siguiente descripción lo que ve y experimenta Cipriano la primera vez que él, Martha y sus esposo visitaron el futuro hogar que iban a habitar: el apartamento del piso 34 de un edificio de 48 pisos en total (sin contar los subterráneos): *"Estas ventanas no se pueden abrir, Por qué, Por el aire acondicionado, Evidentemente.(...) La parte del ascensor que miraba al interior era cristalizada, el ascensor iba atravesando vagarosamente los pisos, mostrando sucesivamente las plantas, las galerías, las tiendas, las escaleras mecánicas, los cafés, los restaurantes, las terrazas con mesas y sillas, los cines y los teatros, las discotecas, unas pantallas enormes de televisión, infinitas decoraciones, los juegos electrónicos,(...), todo a la espera, todo en silencio, y más tiendas, y más galerías, y más maniqués, y más jardines colgantes, y cosas de las que probablemente nadie conoce los nombres, como una ascensión al paraíso"* (p. 358).

“... la parte habitada del Centro está constituida por cuatro secuencias verticales paralelas de apartamentos, dispuestas como placas de baterías o de colmenas, las interiores unidas espalda con espalda, las exteriores unidas a la parte central por las estructuras de los pasillos. Marcial dijo, Estas personas no ven la luz del día cuando están en casa, las que viven en los apartamentos que dan al interior del Centro tampoco, respondió Marcial, Pero ésas, como tú dijiste, se pueden distraer con las vistas y el movimiento, mientras que éstas de aquí están prácticamente enclaustradas, no debe ser nada fácil vivir en estos apartamentos, sin la luz del sol, respirando aire enlatado todo el día, Pues no falta quien los prefiera, los encuentran más cómodos, más petrechados de comodidades, por ejemplo, todos tienen aparatos de rayos ultravioletas, regeneradores atmosféricos, y reguladores de temperatura y de humedad...” (p. 360).

Quando ya estaban instalados, decide Cipriano conocer y aprovechar los servicios a los que él tenía derecho como residente del “excelente y completo” Centro, y en una de esas salidas le cuenta a su hija que este lugar ofrecía distracciones como carruseles, un sitio para la tercera edad, un túnel del amor; un tren fantasma, un consultorio de astrólogo, etc. una puerta secreta, y otra con un letrero que decía: “experimente sensaciones naturales, lluvia, viento y nieve a discreción”, una muralla china, un taj-mahal, una pirámide de Egipto, y así sucesivamente infinidad de opciones para escoger; entonces Saramago recapacita con la voz del narrador: *“... era lanzarse a la descubierta y a la investigación metódica de la isla maravillosa adonde lo habían traído tras el naufragio”* (p. 401)

En realidad, esta familia estaba viviendo en una isla en la cual no se necesitaba, supuestamente, nada del mundo exterior; pero sí creaba la necesidad del consumo, de adquirir productos para el más mínimo detalle de cualquier actividad, por ejemplo *“el conjunto de vitrinas, mostradores, expositores y escaparates con todo lo que existe para comer y para beber, para vestir y para calzar, para el cabello y para la piel, para las uñas y para el vello, tanto para el de arriba como para el de abajo, para colgar del cuello, para pender de las orejas, para ensartar en los dedos, para tintinear en las muñecas, para hacer y para deshacer, para cocer y para coser, para pintar y para despintar, para aumentar y para disminuir, para engordar y para adelgazar, para extender y para encoger, para llenar y para vaciar...”* (p. 402)

Y es este juego de palabras el que ocasiona que el lector deguste la novela —a pesar de la infortunada realidad que reseña- y haga crecer la admiración por este escritor portugués, de quien se nota es muy observador para detallarnos literariamente su forma de ver el mundo actual, no sólo utilizando su don de escritor sino también su sapiencia en refranes o frases meditadoras que hacen agradable la historia de esta parentela aldeana en medio de sus dificultades económicas, pero no carente de sencillez y calidez humana. Reflexiones como *“Buena verdad es que ni la juventud*

sabe lo que puede, ni la vejez puede lo que sabe"; "La vida es así, está llena de palabras que no valen la pena, o que valieron y ya no valen, cada una de las que vamos diciendo le quitará el lugar a una más merecedora, que lo sería no tanto por sí misma, sino por las consecuencias de haberla dicho"; "... hay quien se pasa la vida entera leyendo sin conseguir nunca ir más allá de la lectura, se quedan pegados a la página, no entienden que las palabras son sólo piedras puestas atravesando la corriente de un río, si están allí es para que podamos llegar a la otra margen, la otra margen es la que importa. A no ser que esos tales ríos no tengan dos orillas sino muchas, que cada persona que se lea, ella, su propia, y que sea suya y solo suya la orilla a la que tendrá que llegar"; "No siempre es posible tener ideas originales, ya basta con tenerlas simplemente practicables"; **Hijo eres, padre serás, como tú hagas, así te harán**", ratifican la experiencia adquirida por Saramago, quien desea un futuro más prometedor para el hombre actual que está perdiendo muchos valores como el incentivar y apreciar a quienes trabajan con las manos la tierra, el barro ("**cavar el barro, amasarlo, trabajarlo en el tablero y en el torno, cargar y encender el horno, descargarlo, desmoldarlo, limpiarlo, etc.** p. 39), las cosechas, la harina, y tantas otras labores que se están relevando por ingeniosas y sofisticadas maquinarias.

No es extraño, pues, que el protagonista de esta novela compare varios aspectos tradicionales con los modernos, para analizar y concluir; en los pocos días que soportó habitar el Centro, que la forma de vida del pueblo o el campo no vale la pena cambiarla por la de una ciudad, ya que, aunque las grandes urbes estén rodeadas de ambientes superficiales como la naturaleza, los jardines, la nieve, las olas del mar, el viento (p. 406) ofrecidas al ciudadano con mucha facilidad

—claro, a cambio de pagar tales comodidades—, no se logrará nunca reemplazar los verdaderos placeres que se viven al natural, fuera de la "selva de cemento"; como se le denomina al conjunto de edificios y de pequeños apartamentos que obliga, indiscretamente, al mismo tiempo a reducir el número de integrantes de una familia.

Igualmente, hace Saramago una crítica a la publicidad, a la manera como ella convence (así exagere o mienta un poquito) a las personas ingenuas de ofrecer productos de calidad que se supone les darán felicidad y cubrirán a cabalidad sus carencias materiales y de afecto. Es el caso de los avisos comerciales que se leían en las afueras de la ciudad, como VIVA SEGURO, VIVA EN EL CENTRO; o de la publicidad dirigida a quienes ya "gozaban del privilegio" de vivir en el Centro; por ejemplo: "Sea osado, sueñe"; "Sin salir de casa los mares del sur a su alcance"; "Esta no es su última oportunidad, pero es la mejor"; "Pensamos todo el tiempo en usted, es hora de que piense en nosotros"; "Traiga a sus amigos si compran"; "Con nosotros nunca querrá ser otra cosa", etc. (p. 405).

Pero es un descubrimiento de Cipriano Algor en el piso 0-5 el que lo hace tomar la decisión definitiva de no vivir más en aquel lugar, y es este hallazgo el que también nos aclara el título de la novela. Cipriano se devuelve a su finca y mientras recorre el camino que lo llevará a su hogar observa la ciudad que ha dejado atrás, los árboles y casas viejas que están demoliendo para construir más edificios, el Cinturón Industrial lleno de fábricas que están contaminando el aire y los ríos cercanos, luego el triste Cinturón Verde con grises invernaderos y frutos que han perdido su color y su sabor original, y se pregunta a sí mismo *“cómo es posible que se haya dejado encerrar durante tres semanas sin ver el sol y las estrellas, a no ser, forzando el cuello, desde un trigésimo cuarto piso con ventanas que no se podían abrir, cuando tenía aquí este río, es cierto que maloliente y menguado, este puente, es cierto que viejo y mal cuidado, y estas ruinas que fueron casas de personas, y el pueblo donde había nacido, crecido y trabajado, ...”* (p. 439)

Reconozcamos que *La Caverna* nos hace abrir los ojos para ver la otra cara del planeta y de la comunidad en que vivimos, seguramente con el propósito de evitarnos caer en el círculo de la banalidad, del mal uso de la oferta y la demanda en el juego del consumismo, de aprovechar y luego tirar lo inservible, de pensar que primero están mis intereses propios y luego los de los demás, y de no disfrutar más de las cosas naturales. Se podrían seguir aquí enumerando más aspectos que trabaja Saramago con esta novela, pero lo ideal es que cada lector aumente la lista anterior no sólo por completarla sino, lo más importante, para concientizarse de si está viviendo una vida real o imaginaria, encerrado en sí mismo o abierto a ser, cada vez más, no una máquina fabricadora de dinero y un autómata rutinario, sino un ser humano para razonar y amar todo lo que lo rodea. ♣

